

Las Hierbas del Campo

Por Anastasio Alfaro

En un libro ricamente ilustrado con flores de jardín, en su color natural, parece la *Santa Lucia* (*Ageratum*) tan a lo vivo, que el tinte de violeta hace relieve en la página dedicada a esa planta humilde. Su abundancia es tal en las altiplanicies de Centro América, que los prados se cubren con un manto de púrpura, al terminar la estación lluviosa. Sobre los campos abiertos de la meseta central, en Costa Rica, se tiende la Santa Lucía en los potreros y rastrojos, cual si fuera la reina y señora de la vegetación herbácea. Cuando otras plantas languidecen por falta de lluvias, en el mes de marzo, la Santa Lucía se conserva en alturas de mil metros sobre el nivel del mar, indicando a fertilidad del suelo, donde los cafetales se han aclimatado y producen abundantes cosechas.

La adaptación de plantas importadas y el alejamiento del bosque nativo son tan importantes, que muchos nombres indígenas se conservan apenas como un recuerdo: así tenemos el cerro de los micos convertido en una loma desnuda, una quebrada del tigre que tiene apenas lagartijas, los llanos del coyote donde no se oye otro ruido nocturno que el chillar de las lechuzas, todo sin alejarnos de la ciudad de Alajuela, tal es la mutación de la vida, que va cambiando la faz de la tierra, al substituir el aspecto natural de bosques y malezas, por campos de cultivos menos hermosos, pero más productivos; sin embargo muchas plantas delicadas se conservan en los jardines y casas de habitación por su delicada belleza o por los frutos que producen.

En el mes de mayo, al comienzo de la estación lluviosa, florecen los arbustos de *Psidium*, donde acuden millares de abejas para registrar las flores, en busca de

gotitas de néctar. De este género de plantas hay muchas especies, conocidas con los nombres de cas, guayaba, güisaro, en tamaños diversos, pero semejantes por el color moreno de la corteza lustrosa y las hojas pequeñas, ovaladas, siempre verdes. Los frutos afectan formas variadas, ora de pera, como las guayabas del Perú, o esféricas como los cases y güisaros. En campos abiertos, como en Turrúcares, abundan las guayabas criollas en los prados, donde el ganado las come con deleite y los campesinos las recogen en cestas para hacer jaleas, o venderlas en los mercados del interior. Los cases se cultivan para hacer refrescos deliciosos, y se asegura que disuelven, o ayudan a expeler ciertas piedras del hígado. Los güisaros son arbustos pequeños, que abundan en los terrenos estériles, cuyos frutos pequeños, si bien de un ácido agradable, no tienen aplicación utilitaria de importancia.

Con frecuencia vemos plantas de ornato en las habitaciones, que se adaptan al ambiente de sombra, tendiendo sus bellas hojas en busca de la luz, hasta prolongar los pecíolos y agrandar el tamaño de sus láminas, pero con tal resignación que pasan largos meses sin cambiar de sitio, ni perder el encanto del follaje, como acontece con las begonias. En un recipiente con tierra, se coloca un gajo pequeño de estas plantas y se forma una mata nueva, sin perder siquiera las hojas originales: si la luz lo permite se tiende en todas direcciones y cuando la recibe solamente por un lado forma una palma, mostrando la face delantera de las hojas solamente, así sea una especie de tallo erguido o de rizoma rastrero.

Quando la planta se presenta desgarbada, con las hojas tendidas, de pecíolos



Las Begonias en el ornato de nuestras habitaciones

largos, con cierto abandono que no parece natural, se dice que es una begonia borracha, como el grabado que publicamos. Tiene pecíolos hasta de medio metro y hojas dentadolobuladas, escamosas y pubescentes, con el dorso color de vino tinto. Siempre resulta un adorno encan-

tador en las habitaciones, y por fortuna está muy generalizado en Costa Rica, el tener plantas vivas en las habitaciones, tanto en las ciudades como en las casas de campo.

De un pecíolo escamoso, que se levanta del rizoma a seis centímetros del sue-

lo, parten siete nervios radiales, todos bifurcados, formando una red carmesí al dorso de las hojas.

A mediados de febrero tuvimos el placer de observar en el corredor de una casa, en Río Segundo, una begonia de peciolo largo, escamoso, de cinco puntas, con ramos florales de ochenta centímetros, en uno de los cuales fabricó su nido una avispa solitaria.

Las avispas tienen mayor seguridad en los corredores de las casas, que en el campo mismo, porque se consideran protegidas de los pájaros insectívoros. Estas avispas solitarias son de cuerpo delgado y largo, con anillos transversales amarillos, sobre fondo negro. Cada dos minutos aparecía con una bolita de barro para fabricar una celda nueva, sobre la bola de tierra construida antes, como de cinco centímetros de diámetro, en un vástago floral, agobiado por el peso del convento de barro, cuyas celdas sobrepuestas unas a otras debían quedar ocupadas desde luego, por sendos huevos de la madre laboriosa. Con un cuidado admirable va extendiendo la avispa las pelotitas de barro, hasta formar la celda, que luego repella por dentro y fuera, tapándola en seguida, con tal rapidéz de movimientos, que es absolutamente imposible obtener su control y menos saber cuando deposita adentro su tesoro oval.

Al lado de estas plantas delicadas crecen los helechos, que son la chifladura del Doctor Maxon, excelente amigo desde hace muchos años, quien estuvo en Costa Rica y en Washington y nos prodigó las mayores atenciones en diversas épocas. En mayo de 1925 publicó un artículo precioso, con mas de cincuenta páginas y otras tantas ilustraciones en colores, que son un encanto verdadero.

A pesar de la delicadeza de las frondas, que parecen plumas, hay cierta rigidez en su nervadura, que las mantiene siempre tendidas, luciendo el follaje, a falta de flores aparentes. La variedad de formas y detalles es tan grande, que jamás se cansa uno de admirarlas, ya sea sobre la cuenca del riachuelo o bajo los cristales de un invernadero. Para formarse una idea aproximada del interés que revisten estas plantas, debe tenerse en cuenta que

hay alrededor de ocho mil especies conocidas en el mundo, desde las regiones árticas hasta la zona tropical de ambos hemisferios.

El tamaño de los helechos varía tanto, que hay especies capaces de servir de horcones y postes de telégrafo, debido a la dureza del tronco, como en las formas arborescentes y algunas son tan pequeñas, que puedan alojarse en la cáscara de un huevo.

En Costa Rica tenemos más de cien especies de helechos, colectados en su mayor parte hace medio siglo, por don Juan J. Cooper, quien se ocupó de por vida en Cartago de coleccionar plantas y animales disecados, que enriquecieron la fauna y la flora del país, con múltiples formas nuevas, algunas de las cuales llevan su nombre, en la clasificación científica universal. A partir de 1887, en que publicamos los primeros Anales de nuestro Museo Nacional, poco se ha ensanchado la lista de helechos, cuando otras plantas han triplicado su número, no por falta de colectores, sino por la dificultad del estudio compendioso de tantos miles de vegetales que no tienen flores.

Desde el punto de vista decorativo nada hay superior a los helechos, como plantas de jardín, como hierbas de invernadero o adorno en los corredores, así sean de frondas rígidas o sedosas, igualmente atractivas, según el lugar donde se coloquen por manos delicadas de artista, pues el valor de las plantas depende del cariño que se les tenga y del cuidado con que las cultivan. En el campo convierten las rocas escarpadas en altares verdaderos, hacen del bosque sombrío un edén y transforman las fuentes en sitios encantadores, donde entonan los pájaros el himno de la vida, al salir el sol y al tenderse el manto de la tarde.

Puede decirse que las Begonias son plantas tiernas, delicadas, cubiertas de bello sedoso, que se deforman en el herbario; mientras los helechos conservan hasta el color verde de las frondas, aún en las colecciones antiguas. Por eso los estudiantes de Botánica comienzan por coleccionar helechos, que requieren solamente algunas hojas de papel periódico y dos tablitas para prensar los ejemplares; con-

viene además colocar algunas hojas de papel secante, alternas para hacer más rápida la desecación y conservar mejor el colorido de las frondas; tales secantes pueden tenderse al sol de vez en cuando, para que recobren su propiedad absorbente y puedan seguirse usando en recolecciones sucesivas. Para obtener ejemplares perfectos, es bueno observar el dorso de las frondas, a fin de coger de preferencia las que tienen esporas maduras, para que los ejemplares sean completos; cada muestra debe llevar una etiqueta, en que conste la fecha de recolección, el nombre de lugar y su altura sobre el nivel del mar, si fuera posible.

En el libro importantísimo de Hooker, titulado *Synopsis Filicum*, a pesar de ser una edición de 1883, tenemos anotadas ciento ochenta especies de helechos costarriqueños. Puede decirse que esta es una obra clásica en su género, pues abarca todas las formas conocidas hasta aquella fecha, y que comprende 2.235 especies clasificadas científicamente.

La rigidez de algunos helechos les permite poblarse en los páramos estériles, especialmente lo que llaman helecho macho; mientras las formas sedosas prefieren los arroyos y parajes sombríos, donde están siempre protegidos contra el viento; los helechos arborescentes prefieren la sombra del bosque y los suelos húmedos, donde llueve copiosamente; hay además formas epífitas, que ascienden por el tronco de los árboles o crecen al amparo de las bromeliáceas sobre la horqueta de las ramas, con sus frondas plumosas colgantes hasta un metro del suelo; a veces remedan nidos voluminosos sobre los árboles, a muchos metros de altura.

Lo primero que llama la atención de los colectores es la *radiella* o *Selaginella*, que nace al pie de las tapias de adobes, aun en las calles de las poblaciones centrales del país. Su nervadura rígida y la dureza de las hojuelas, hacen de estas hierbas bonitos ejemplares secos en las

colecciones de estudio. Luego se presentan los *Polypodium* en cincuenta variedades, preciosas por su forma y colorido, algunos de gran tamaño y otros pequeñitos; muchos crecen sobre las cercas de poró, especialmente en el valle de San José y en las cercanías de Cartago, también en cercados de piedra, donde los helechos tienen humedad abundante y soporte adecuado para extender sus raíces.

En un tiempo se dijo que los indios de Chirripó usaban con éxito el *Polypodium friedrichsthalianum* contra la mordedura de serpientes venenosas. Yo mismo tuve oportunidad de usarlo en infusión, hace muchos años, con motivo de un mordido de cascabel, pero es lo cierto que también se le dio al paciente algunas gotas de álcali y se procuró extraerle parte del veneno o neutralizar sus efectos con sales de permanganato sobre la herida, pues en el puerto de Bebedero no había entonces un facultativo que atendiera al enfermo, en estado de gravedad. Por fortuna se salvó y al tercer día pudo volver a su trabajo del campo; después nunca tuve la oportunidad de usar el polypodio, sino en mis colecciones de plantas secas, recogidas en las cercas de poró en los alrededores de esta capital, hasta las alturas de Ocho-mogo.

En los jardines cultivan una especie de *Nephrolepis*, que tiene formas varias, apropiadas para adornar ramos de flores y coronas de finados. Es una planta de América tropical, que se presenta con aspecto de plumas sedosas, como el aliento de niño, o rígidas y largas, muy ornamentales: en ambos casos las usan los jardineros para sus trabajos florales. En el estudio del Doctor Maxon se presentan siete frondas diferentes, que pertenecen a una misma especie, obtenidas mediante el cultivo en Florida. Esa misma mutación de formas la tienen nuestros jardineros y podrían hacerse otros muchos ensayos con diversas plantas nacionales,